

El Corazón de
HANNAH

Rocío Carmona



Primera edición: octubre de 2012

Diseño de cubierta: Mariano Rolando

Diseño interior: Book & Look

Maquetación: Marquès, S.L.

Edición: Marcelo E. Mazzanti

Coordinación editorial: Anna Pérez i Mir

Dirección editorial: Iolanda Batallé Prats

© 2012, Rocío Carmona, por el texto

© Getty Images, por la fotografía de cubierta

© 2012, la Galera, SAU Editorial

por la edición en lengua castellana

la Galera, SAU Editorial

Josep Pla, 95. 08019 Barcelona

www.editorial-lagalera.com

lagalera@grec.com

Impreso en Egedsa

Roís de Corella, 16

08205 Sabadell

Depósito legal: B-19.725-2012

Impreso en la UE

ISBN: 978-84-246-4251-8

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra queda rigurosamente prohibida y estará sometida a las sanciones establecidas por la ley. El editor faculta a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) para que pueda autorizar la fotocopia o el escaneado de algún fragmento a las personas que estén interesadas en ello.

1

La puerta azul



*«Todo lo que vale la pena hacer,
vale la pena que se haga bien.»*

PROVERBIO AMISH

Alguien dijo alguna vez que no podemos estar seguros de que el sol volverá a salir solo por el hecho de que haya amanecido los días precedentes. Lo que siempre ha sucedido de cierta manera puede dejar de hacerlo y, con ello, arrastrarnos a un mundo desconocido, lleno de promesas y peligros.

Hannah pensó en esto al desvelarse justo antes de que el primer rayo de sol entrara por el ángulo superior de su ventana. Un cambio en la temperatura del aire y el suave trino de un pájaro la alertaron de que la primera mañana del verano pronto iba a comenzar.

Se tranquilizó al comprobar que amanecía a pesar de todo, completamente ignorante de que su vida no volvería ser la misma al terminar aquella jornada.

Sin hacer ruido para no despertar a su hermana, con quien

compartía dormitorio y cama, se deshizo de la sábana y puso los pies en el suelo. Estiró los brazos hacia arriba para dejar atrás los últimos restos de sueño y, descalza, dio unos pasos precavidos. La vieja tarima de nogal emitió un crujido y la pequeña Marian, de once años, se removió en el lecho mientras murmuraba algo incomprensible.

Hannah volvió a su lado y posó su mano fresca sobre la frente de la niña para tranquilizarla. Luego bajó de puntillas los escalones hasta la planta baja, sujetándose el dobladillo del camisón con una mano.

La gastada mesa que presidía la cocina-comedor de los Miller estaba puesta con la mejor vajilla de la casa sobre un mantel de lino. Hannah sonrió al descubrir que su madre le había preparado un gran desayuno de fiesta. Su estómago rugió al pensar en el pastel de melocotón y el pan de la amistad con mantequilla fresca que degustaría con su familia al cabo de un rato.

Aunque no se había levantado de madrugada por la comida.

Había llegado el día de su cumpleaños. Y no era un cumpleaños cualquiera: aquel 21 de junio Hannah cumplía dieciséis, la edad oficial en que los amish comienzan la *Rumspringa*.¹

Se dirigió sigilosamente hacia la entrada y acarició el pomo de madera de la puerta, sin atreverse aún a salir. Como era

1. En alemán de Pensilvania —dialecto de la mayoría de comunidades amish— significa «corretear». Se refiere a un período en la adolescencia de los amish, una comunidad de cristianos anabaptistas, que comienza alrededor de los dieciséis años y termina cuando el joven decide su bautizo dentro de su iglesia o bien elige abandonar la comunidad.

habitual, no estaba cerrada con llave ni con ningún tipo de cerrojo. Hannah contuvo el aliento al girar el pomo hacia la derecha. Su corazón latía a toda velocidad.

Salió al jardín y se quedó paralizada ante la cara exterior de la puerta. Su padre debía de haberla pintado durante la noche, se dijo, mientras todos en casa dormían.

Hannah contempló la vieja puerta de madera de roble, teñida ahora de un luminoso azul añil que con la luz del amanecer parecía una prolongación del cielo. Una sonrisa se abrió paso en su cara poco a poco, tensando sus labios delicados a la vez que hinchaba sus mejillas. Sentía una mezcla de orgullo y miedo. Sabía que a partir de ese momento sus padres y todos los demás dejarían de tratarla como una niña, pero no alcanzaba a comprender lo que eso significaba.

¿Quería decir que ya no podría jugar con Marian a perseguir a las gallinas? ¿Dejarían de hacer agujeros bajo el porche para encontrar lombrices? ¿Tendría que ponerse zapatos a partir de ahora y hablar con los chicos?

Solo de pensar en ello se sonrojaba.

Su amiga Ruth le había contado algunas historias acerca de las *Rumspringa* de sus hermanos mayores. Celia, la mayor, que ahora vivía con su marido y sus tres hijos en una granja cercana a los abuelos de Hannah, se había comprado ropa inglesa² y durante un tiempo se paseó con pantalones y los labios pintados por las calles del pueblo. Su hermano Aaron consiguió un teléfono móvil y, aunque no lo utilizaba en casa, se le podía ver hablando o tecleando a todas horas, encaramado en cualquier valla.

2. Los amish llaman «ingleses» a todas las personas que no pertenecen a su comunidad.

Todo el mundo se escandalizaba, pero la mayoría de amish miraba hacia otro lado ante aquellos comportamientos, que se habrían considerado intolerables para un adulto. Hacían la vista gorda porque se suponía que los jóvenes debían experimentar primero para decidir por ellos mismos si querían seguir viviendo como amish el resto de su vida. Los que decidían no bautizarse eran expulsados de la comunidad y apenas podían mantener contacto con sus familias desde ese momento.

Hannah sabía que sus padres jamás le concederían semejantes licencias. Su familia era estricta y cultivaba la obediencia y la discreción con el mismo ahínco con el que araba la tierra dura de sus campos de cultivo. La familia Miller era especialmente prolija en el seguimiento de las leyes.

A ella le aterraba la sola idea de llevar la contraria a los suyos y al entorno que la había visto crecer. En Gerodom County solo se conocía el caso de un joven que había decidido alejarse de la comunidad y se había ido a vivir con los ingleses. Desde entonces, nadie, ni siquiera su familia, había vuelto a hablar con él.

El gallo de la granja cantó de forma estridente, alejando de ella aquel triste recuerdo. Hannah supo que faltaba muy poco para que su familia se pusiera en pie. Deseosa de tener un instante de paz antes de que empezara la fiesta, salió al porche y se sentó en un desvencijado balancín de madera con las piernas cruzadas, pensativa.

¿Y ahora, cómo se suponía que debía comportarse?

En su interior no se sentía diferente y deseaba poder seguir con su vida tal y como había sido hasta entonces. Le gustaba levantarse la primera y beber un vaso de agua fresca antes de dar de comer a los animales. Luego ayudaba a su madre en la

cocina, cosía ropa para sus hermanos, recolectaba hierbas aromáticas, moras y otras bayas para hacer tartas.

Aunque lo que más le gustaba era vagar por algún rincón apartado del bosque, donde nadie pudiera escucharla, y cantar a pleno pulmón los himnos de la iglesia. Se divertía imitando las voces y los gestos de sus mayores. La voz cascada y aguda de la anciana Hettie, la voz clara, grave y natural de su padre... A menudo se le pasaban las horas sin darse cuenta y se veía en un apuro a la hora de explicar en casa dónde había pasado la tarde.

Hannah se mordió el labio con preocupación. Quizá aquella vida familiar y previsible, llena de trabajo pero también de placeres sencillos, se estuviera acabando. Algún día, no muy lejano, se le exigiría que tomase una decisión por sí misma.

¿De verdad podía cambiar tanto su mundo? Se apartó un rizo dorado de la cara y lo tomó entre sus dedos. Mientras lo enrollaba alrededor del índice con expresión soñadora, se dijo que no imaginaba nada mejor que las paredes de su granja.

Pero el azul en la puerta no dejaba lugar a dudas. Los cambios ya habían empezado porque en casa de los Miller vivía, desde aquel día, una chica casadera.

Un ruido repentino la hizo enderezarse de golpe. Asustada, escuchó cómo la hierba seca que tapizaba los laterales del camino crujía repetidamente. Alguien se acercaba a toda prisa por el lateral de la casa. ¿Quién podía ser a aquellas horas?

Hannah dejó de balancearse y saltó al suelo, dispuesta a refugiarse dentro de la granja. Era indecoroso dejarse ver por cualquiera en camión y con el cabello descubierto. Si algún vecino la sorprendía de aquella guisa la reprimenda de su madre sería segura.

Ya tenía la mano sobre el picaporte de la puerta, cuando una voz cantarina la detuvo:

—¡Hola, belleza! ¿Hay algún lugar por aquí donde se pueda tomar un café decente?

Hannah se dio la vuelta y sus ojos se abrieron como platos al descubrir la figura desgarbada de un forastero. Se trataba de un inglés, eso estaba claro por su vestimenta, compuesta por una camisa de cuadros arremangada hasta los codos y unos vaqueros. Debía de tener más o menos su edad. Su pelo era de un color azabache que Hannah no había visto jamás, con unos reflejos azules que la hicieron parpadear sorprendida, aunque lo atribuyó al efecto de la luz.

Los ojos oscuros del forastero se pasearon por el rostro de Hannah, resiguiendo sus contornos con admiración. Ella estaba paralizada. No recordaba ni una sola ocasión en que alguien de fuera hubiera campado por el pueblo. Y menos de madrugada.

Atemorizada, se preguntó si tendría malas intenciones aquel forastero, que volvió a hablarle con un tono alegre:

—Ya que no me respondes, al menos me dejarás hacerte una foto. ¿A que sí?

Sin esperar respuesta, la encañonó con un artefacto negro con muchos botones y un tubo alargado que acababa en un cristal. Se oyó un suave chirrido metálico y luego un clic.

Hannah ahogó un grito de horror y se cubrió la cara con las manos, totalmente avergonzada. Sus padres le habían advertido a ella y a sus hermanos que, si alguna vez iban a la ciudad para vender telas, pasteles o quesos hechos en casa, debían ser muy cuidadosos: a los ingleses les encanta tomar fotografías de los amish.

En cambio a la «gente sencilla», como a veces llamaban a su pueblo, no les gusta nada aparecer en imágenes. Tratan de mantenerse alejados de las cámaras, como si éstas pudieran robarles el alma. Unos pocos se dejan fotografiar solo de espaldas.

Hannah recordó el pasaje del *Éxodo* que el pastor Sweitzer les había leído el domingo anterior:

No harás escultura ni imagen alguna de lo que hay arriba en los cielos, ni de lo que hay abajo en la tierra, ni de lo que hay en las aguas debajo de la tierra.

Temblando de miedo ante las consecuencias que podía tener para ella aquel encuentro, abrió la boca para rogarle al forastero que se la devolviese. No tenía ni idea de cómo funcionaba aquella máquina, pero no podía permitir que un extraño se llevara una parte de ella con intenciones desconocidas. ¡Si ni siquiera iba vestida!

Con la mano aún en el pomo de la puerta, Hannah sintió una fuerte sacudida. Su madre acababa de abrir la puerta y la arrastró hacia el interior de la casa.

—Pero ¿qué haces aquí fuera sin vestir, chiquilla? Espabila, que es tarde y el desayuno ya está listo— la apremió.

Su madre sí había tenido tiempo de ponerse el vestido amish de tergal sólido, el delantal blanco y una impoluta cofia que cubría sus cabellos.

Hannah se dio la vuelta para señalarle a aquel extraño que acababa de robarle el alma pero, asombrada, se encontró mirando hacia la nada, con un dedo vacilante suspendido en el aire.

El chico de cabello azabache y ojos penetrantes había desaparecido entre las sombras del amanecer sin hacer ningún ruido. Hannah tardó un momento en entrar y, al cerrar la puerta de casa, sacudió la cabeza, dudando de si lo que acababa de vivir había sido un sueño.

2

El inglés'



*«Por amor somos capaces de caminar sin miedo,
correr con confianza y vivir una vida victoriosa.»*

PROVERBIO AMISH

Hannah se afanó en recoger los últimos restos del desayuno. Los gemelos David y Marian habían echado a correr apenas se habían levantado de la mesa y se les oía jugar alborozados en el jardín desde hacía un buen rato.

—¡Chicos, no os ensuciéis! ¡En diez minutos salimos hacia el servicio dominical y ya no habrá tiempo para cambiarse! —les advirtió su madre con los brazos en jarras, observando sus carreras desde una ventana de la sala.

Cuando Hannah terminaba de secar el último vaso, su padre se acercó a ella por detrás y le puso una mano sobre la cabeza, acariciando suavemente sus cabellos, ocultos bajo la cofia almidonada. Ella se dio la vuelta y sonrió con los ojos bajos. John Miller era un hombre de pocas palabras. Aun así, Hannah sabía que con aquella mano áspera que ahora temblaba levemente al tocarla, su padre le es-

taba diciendo sin hablar que la quería y estaba orgulloso de ella.

Hannah recordó un gesto parecido el día que acabó el colegio, hacía dos años, y le dedicó una sonrisa tímida. Los ojos azul petróleo de su padre se encontraron con los suyos, tan parecidos, y se humedecieron al instante. A Hannah le dio un vuelco el corazón al verlo tan emocionado, y por segunda vez aquella mañana sintió que la vida tal y como la conocía hasta ese instante estaba a punto de cambiar.

Su madre los interrumpió apremiándolos para que se arreglaran antes de ir a la iglesia. John Miller se dio la vuelta, enjugándose una lágrima furtiva, tomó su sombrero de los domingos y las esperó de pie en la puerta, echando los hombros hacia atrás como si quisiera darse ánimo.

Los servicios religiosos se celebraban cada domingo en casa de algún vecino. De vez en cuando, si el predicador lo requería, el pueblo se reunía en el granero comunal de Gerodom County, que casi todos llamaban «la iglesia». El local también se usaba para otras reuniones y fiestas del pueblo.

La familia Miller se dirigió hacia allí a pie, puesto que las instalaciones estaban bastante cerca de su granja. Hannah se alisó el vestido azul oscuro y acomodó dentro de la cofia un rizo rebelde. Su madre asintió con aprobación, y los tres juntos salieron a buscar a sus hermanos.

Los niños estaban enfrascados en sus juegos pero, en cuanto los vieron, se levantaron del suelo con presteza y se sacudieron la ropa. Luego salieron corriendo delante de sus padres, esta vez en dirección a las afueras del pueblo.

Nada más llegar, Hannah recibió las felicitaciones de varios vecinos. Su amiga Ruth, a quien le faltaban solo dos meses

para cumplir los dieciséis, la abrazó hasta dejarla casi sin respiración. Ella se sentía extrañamente fuera de lugar, incapaz de vivir aquel momento con la alegría o la sabiduría prudente que sentía que requería.

Los Miller ocuparon uno de los toscos bancos de madera habilitados como asientos durante la reunión. Hannah se sentó entre los gemelos y su padre, y tomó distraídamente uno de los *Ausbund*³ encuadernado en cuero negro. Los cánticos que tenían lugar al principio y al final del servicio eran su parte favorita. A pesar de que solían contar historias tristes y de que a veces se le hacían muy largos, pues algunos duraban más de veinte minutos, Hannah encontraba paz en sus monótonas tonadas.

Los sermones del pastor Sweitzer eran apasionados y siempre la hacían meditar, pero a menudo hacían que se sintiera imperfecta y culpable de todos los males del mundo. Cuando empezaba a pensar de ese modo, entonaba una canción, y la melodía, aunque solo pudiera cantarla dentro de su cabeza, le servía de consuelo inmediato.

Hannah, como la mayoría de los miembros de su familia, tenía una voz clara y bien afinada, y no tenía que esforzarse demasiado por aprender las canciones que el predicador elegía para el oficio. Una vez al mes los jóvenes de Gerodom County se reunían para ensayarlas, y Hannah disfrutaba mucho con aquellos encuentros.

3. El *Ausbund* es el libro de himnos que utilizan los amish en sus servicios religiosos. La mayoría de sus cánticos, escritos en alto alemán, fueron compuestos en el siglo XVI por los primeros cristianos anabaptistas. El libro no contiene notas musicales y las melodías se transmiten de generación en generación.

Un quejido lúgubre inundó el aire de granero. Se trataba de la voz de Grayson, el diácono del pueblo, que entonaba el principio del himno número treinta y seis.

*Ewiger Vater vom Himmelreich, ich ruf zu
Dir gar inniglich,
lass mich von Dir nicht wenden,
erhalt mich in der Wahrheit Dein bis an mein letztes Ende⁴*

Las palabras en alto alemán⁵ resonaron con fuerza dentro de Hannah. Aquel era uno de los himnos favoritos de su abuela. La anciana había muerto cuando ella tenía diez años, pero todavía la echaba de menos todos los días. Su madre siempre le recordaba que había heredado de ella las pecas y su buena mano con la repostería. Cuando Hannah pensaba en ella le venían a la memoria dos olores: vainilla y lavanda, el primero relacionado con las horas que su abuela pasaba en la cocina, y el segundo por los saquitos de olor con los que perfumaba la ropa de los armarios.

Todos empezaron a cantar y Hannah se unió al coro de voces. No entendía muchas de las palabras y los giros de aquel idioma, al igual que la mayoría de los amish, pero conocía bien la historia del cántico compuesto por Ursula, una joven ana-

4. Del alto alemán: «Padre eterno del reino de los Cielos, te llamo desde lo más profundo de mí. No dejes que me aleje de ti y mantenme en tu verdad hasta mi último final».

5. Alemán del siglo XVI en que están escritos los principales textos religiosos de los amish.

baptista del siglo XVI que fue arrestada a los diecisiete años. Su abuela le había contado que la habían encadenado en una prisión junto a su gran amor, un chico anabaptista, para tratar de violentarla y de tentarlo a él con la presencia femenina. Los dos habían resistido y se habían mantenido castos, ofreciéndose amable consuelo el uno al otro en aquella fría cárcel. Finalmente Úrsula había huido hasta Italia y se había salvado. La canción era en verdad una oración para que Dios la mantuviera a salvo de todo mal.

*O Gott, bewahr mein Herz und Mund, Herr,
wach ob mir zu aller Stund,
lass mich von Dir nicht scheiden,
es sei durch Trübsal, Angst und Not,
erhalt mich rein in Freuden.
Ewiger Herr und Vater mein,
ich bin Dein unwürdig's Kindelein.*⁶

Todos siguieron el himno. Era también uno de los favoritos de Hannah, puesto que tenía un final feliz y le hacía pensar en un Dios tierno que protegía a las personas. A ella le gustaba más imaginarlo como un padre bondadoso que como el ser exigente y puntilloso que a veces les describía el pastor Sweitzer en sus sermones.

A media canción se oyó un golpe en la puerta de entrada del granero y Hannah volvió la cabeza con curiosidad. No era habitual que nadie se retrasara durante los servicios religiosos.

6. «Oh, Dios, cuida de mi corazón y de mi boca. Señor, cuida de mí cada hora. No dejes que la tristeza, la ansiedad y el miedo me separen de ti. Señor eterno y padre mío, soy tu hijito indigno.»

Dos figuras altas vestidas de negro avanzaban con pasos rápidos por el pasillo central que se formaba entre las dos hileras de bancos. La figura de la izquierda era la del mismo predicador Sweitzer. Hannah se extrañó al verlo entrar de aquella manera cuando ya debería estar ocupando su lugar en el púlpito hacía rato.

Poco antes de llegar a su altura se detuvo un instante y Hannah se dio cuenta con horror de que la persona que lo acompañaba y que ahora estaba ocupando un lugar en un banco, justo detrás de ella, no era otro que el inglés que la había fotografiado aquella mañana.

Cuando sus miradas se encontraron, Hannah volvió la cabeza hacia el frente con rapidez, disimulando su asombro. Las hileras de bancos estaban tan cerca las unas de las otras que pudo percibir perfectamente el olor del forastero, fresco y peligroso como una tormenta a punto de estallar. La congregación siguió cantando mientras ella trataba de que no se notara su turbación:

¡Cuida de mi corazón y de mi boca!

De repente, Hannah distinguió entre la multitud de voces conocidas una nueva, profunda y masculina, teñida de una vibración tan pura que la hizo estremecerse. Era un canto alegre que desprendía tal despreocupación y confianza en el mundo que tuvo que dejar de cantar, deseosa de perderse en aquel sonido inaudito. Los ojos se le llenaron de lágrimas mientras su corazón vibraba al ritmo de la cadencia de la melodía.

Hannah se volvió con disimulo y comprobó que se trataba del extranjero, que cantaba sin vacilaciones un salmo que a ella le había costado años aprender:

*¡Sostenme con tu amor!
Algo de ese amor viaja ya conmigo.
El trago del sufrimiento se muestra ante nosotros
pero también lo hacen las falsas enseñanzas.
Son muchos los que tratan de apartarnos
de Cristo nuestro Señor.
Por eso, te entrego mi alma. No permitas que me avergüence.
No dejes que el enemigo se exalte gracias a mí.*

El himno acabó y Hannah se dio cuenta de que había estado conteniendo la respiración. Jamás había oído a nadie entonar de aquel modo. Los cánticos de los amish eran lúgubres y extraños. La letra ni siquiera rimaba, pero en boca de aquel extranjero la música había cobrado otra dimensión. Su pronunciación era curiosa, pero aun así... Soltó todo el aire que acumulaba en los pulmones, maravillada.

El pastor Sweitzer tomó unos papeles de un banco cercano y procedió con el sermón. Hannah no podía concentrarse en sus palabras, pues todavía estaba conmocionada, y ahora sentía como si su espalda y su nuca ardieran. Giró levemente la cabeza y se encontró de nuevo con la mirada del chico de cabellos oscuros. A diferencia de la primera vez que lo había visto, ahora los llevaba peinados hacia atrás con pulcritud.

Aunque sus ojos chispeaban de la misma manera y se detenían alternativamente entre los de ella y su boca, Hannah no pudo evitar fijarse en la de él, que se curvó en una media sonrisa. Avergonzada, volvió a mirar hacia adelante. El rizo rebelde había vuelto a salirse de la cofia y Hannah lo recolocó recatadamente. Su piel se erizó involuntariamente al pensar que aquel chico había visto mucho más que un mechón obstinado.

Mientras el pastor Sweitzer disertaba acerca de un pasaje del Sermón de la Montaña, Hannah consideró sus posibilidades. Podía confesar todo el asunto a sus padres, pero algo le decía que no se libraría de una buena reprimenda. Por otra parte, ¿qué hacía aquel extraño sentado en un banco de la iglesia como si fuera uno más en la comunidad? Hannah se fijó en que no era la única que se hacía aquella pregunta. Casi todas las miradas de los presentes se dirigían, de forma más o menos disimulada, hacia donde estaba sentado. ¿Era él la causa de que los hubieran convocado aquella mañana?

El pastor Sweitzer pareció darse cuenta de que aquel día su auditorio no estaba precisamente atento a la charla y decidió abreviarla. Tras concluir el sermón con un par de admoniciones generales se aclaró la garganta y empezó a hablar sin rodeos:

—Queridos amigos. Algunos de vosotros ya conocéis a Daniel.

Se oyó un murmullo general y muchas cabezas se volvieron en dirección al inglés. Varias voces cuchichearon con desaprobación.

—Los demás, dejadme que os cuente primero el motivo de su presencia entre nosotros. Ya conocéis las polémicas que nos han perseguido durante los últimos meses y que se han reflejado semana tras semana en los periódicos locales. De nuestro pueblo han dicho falsedades abominables, como que nuestros jóvenes carecen de libertad y que les alejamos del mundo exterior sin permitirles elegir. Los cabezas de familia de Gerodom County y yo mismo hemos llegado a la conclusión de que necesitamos que nuestros vecinos ingleses nos conozcan mejor: de ese modo dejarán de juzgarnos y acabaremos para siempre con los malentendidos.

Se oyó otro murmullo de aprobación.

—Para ello ha venido Daniel hasta aquí. Este joven va a quedarse con nosotros durante algunos días. No es uno de los nuestros, pero tiene la confianza y la recomendación del pastor Coblentz, de la comunidad del sudeste de Seattle. Incluso ha tenido la deferencia de aprender algunos de los himnos del *Ausbund*. Ha venido desde muy lejos para escribir un reportaje sobre nosotros. Una semblanza sobre nuestro pueblo, con unas pocas fotografías tomadas con el debido recato, que se publicará en el periódico local y también en el de su ciudad. Creo que no me equivoco al pensar que ha sido el Señor mismo quien ha puesto a este joven en nuestro camino.

El pastor Sweitzer le lanzó una mirada de reconocimiento desde el púlpito. Desde su asiento, Hannah adivinó que él le había correspondido con una sonrisa. Algunas cabezas asintieron en silencio y también se oyeron nuevos murmullos escandalizados, a los que el pastor replicó:

—Como os decía, este joven tomará algunas fotografías de nuestras granjas, de nuestra comida, de los animales... A las personas que aparezcan en ellas no se les verá la cara, por supuesto. Daniel es una persona respetuosa y ha prometido adaptarse a nuestras costumbres mientras viva en Gerodm County.

«¿Respetuoso? ¿Adaptarse a las costumbres?» Hannah a punto estuvo de gritarle al pastor Sweitzer que se equivocaba de medio a medio con aquel descarado que iba robando fotos sin pedir permiso. Finalmente se impusieron la modestia y la sumisión que le habían inculcado sus padres desde su nacimiento, así que de su boca solo salió un suspiro de impotencia.

Daniel eligió aquel momento para darle un toquecito en el

hombro. Hannah se estremeció con el contacto y se volvió con cautela hacia él, que le entregó un libro de himnos idéntico al que ella había apoyado sobre el respaldo del banco delantero.

Los dedos de Daniel tocaron los suyos durante un segundo más de lo necesario al pasarle el libro, y ella sintió un fogonazo de calor que empezó en su estómago y fue bajando hasta los dedos de sus pies. Instintivamente, miró a su padre y comprobó que no se había percatado de nada, absorto como estaba en las palabras del reverendo Sweitzer. Marian, que estaba acunando a su muñeca de trapo, tampoco había notado nada.

¿Para qué le daba aquel libro? Hannah respiró hondo y afirmó los pies en el suelo, pues empezaba a sentir que sus rodillas flaqueaban. Puso el volumen sobre el respaldo del banco y, al moverlo, se fijó en que de entre las páginas sobresalía la punta de un papel de color crema.

Lo sacó y sus ojos se abrieron como platos al leer el contenido de una nota manuscrita:

*Encontrémonos en este mismo sitio al
anochecer y te devolveré lo que es tuyo.*